

se ha detenido en el tiempo y presenta aspecto envejecido y descolorido. El Trono en que fue erigida la Reina Isabel II, da la impresión de que algún decorado lo adornó en época prehistórica y sólo al ser revestido para alguna solemnidad podrá presentar su aspecto suntuoso.

París:

En cambio, París! es el ambiente lo que allí encanta. No hay como decirlo. París huele a flores, a perfumes. El Sena majestuoso arrastrando su carga de leyendas lo atraviesa sonriente, a la vez que profundo y sinuoso. Imposible sería imaginar París sin su Sena cruzado de puentes bajo los cuales parece que el agua se ha dormido; o sin sus grandiosas perspectivas con el Arco de Triunfo, o con las góticas torres de Notre Dame, o con la clásica y atrevida flecha de la Torre Eiffel.

Una tarde por los Campos Eliseos con el Arco de Triunfo al fondo como nos tocó verio al dirigirnos a la recepción que en el Club de la América Latina se nos ofreció —a las seis de la tarde... nervia de coches la Plaza de la Estrella. El Arco, majestuoso, se estumaba entre la niebla—. El club que ha acogido a tantos ilustres de América, es de lo más lujoso y elegante; desde uno de sus amplios ventanales —corridos los cortinajes— podía verse París a esa hora de misterio en que el sol todavía alumbra y los coches corren como río caudaloso y la gran urbe, toda, parece que se precipita hacia la noche.

Alguien ha dicho que la belleza de una ciudad depende —más que todo— de la elegancia de sus espacios libres. Esto es lo que se ve en París! sus Monumentos son todos erigidos en amplios espacios que ahora presentan un maravilloso concierto de tonalidades brumosas por el rigor de la Estación. El Obelisco de Luxor con sus geroglíficos y sus inscripciones remotas, en el centro de la gran Plaza de la Concordia, —ornamentada con las estatuas de las Provincias de Francia y cuatro veces mayor en extensión que la de Trafalgar y que la de San Pedro— destacándose desde allí la helénica y serena arquitectura de La Magdalena. La columna de Vendome, erigida con el bronce de los cañones capturados a los austriacos y a los rusos en la batalla de Austerlitz, grabada con los hechos más heroicos de la grandiosa epopeya, se levanta en la Plaza de Vendome! La Torre Eiffel —emblema de París— al final del Campo de Marte y lindando con el río. La estatua dorada de Santa Juana de Arco que tanto veíamos al pasar para el Louvre, en la plaza de

Rivole, lo mismo que el bello Arco del Carrousel, de arquitectura romana a la entrada del jardín de las Tullerías y dando frente al Louvre. La Basílica del Sagrado Corazón dominándolo todo desde la cima del Mont Martre, donde el cementerio guarda la tumba de Margarita Gauthier. Los puentes del Sena son otros tantos monumentos. El de Alejandro III es el más bello y el más destacado atractivo de la Plaza de la Concordia.

Nuestra primera salida en París fue a Notre Dame. Era domingo y ahí oímos la misa a las cinco de la tarde. Su interior es penumbroso, casi oscuro, donde fulgen como diamantes y rubíes las gigantescas rosetas de cristales blancos y color granate. Se dice que en la Primera Guerra Mundial se destruyó parte de un vitral y nunca ha sido posible fabricar un cristal de la misma calidad. Sus naves son arcos y columnas y estancias de distintas dimensiones, como las presenta toda arquitectura gótica. La Basílica de San Pedro —en Roma— reconstruida tres siglos después de Notre Dame —al surgir el Renacimiento— es luz y mármol; Notre Dame es penumbra y piedra milenaria. Considerada el más grandioso monumento gótico, pues data exactamente de la época, es decir, del siglo XII, siendo así uno de los primeros ejemplares de esta arquitectura. ¡Notre Dame es la presencia de los siglos...! Notre Dame es París! Notre Dame... es Víctor Hugo. Un simil maravilloso le oí al Dr. Macaya Lahman: "Notre Dame como una gigantesca barca alzando sus remos para zarpar".

Al salir de misa nuestra dirección fue

la de un café cercano, para entonarnos con una taza de café caliente pues el frío era bajo cero. Allí nuestros compañeros se divertían observando unas cuantas parejitas muy acurrucadas —esto se ve en París, por todas partes—.

El Louvre de arquitectura tan severa encerrando el más rico tesoro de arte —lo que lo hace ser el museo más famoso del mundo— absorbe mucho tiempo. Su colección asciende a 175 mil obras. Entre las cuales, cinco mil son de pintura.

Abstraída veía yo la Gioconda, colgando ahí en la pared de la Gran Galería; ¡tan conocida! la más conocida y la más comentada de las obras de Leonardo. Al verla; en toda su realidad! me parecía soñar. Allí, el bien querido Renoir. Para mí, Renoir es en pintura, lo que Debussy en música: armonioso, delicado, sugerente... pues que pertenece a la Escuela de los Impresionistas. Allí, el reverenciado Paolo Veronés y Millet y Corot, Manet, Degas... todo cuadro que a través de la literatura o en copias, conocía, allí lo encontré vibrante de eternidad. Miguel Angel y Rafael; Murillo, cuyas vírgenes fueron pintadas con el modelo de su hija o de su esposa. Las Madonas de Rafael Sanzio, tienen las frescas mejillas de la Fornarina, una linda artista de la época, el gran amor del pintor.

Desde que crecían mis hijos en mi casa hubo siempre un álbum del Louvre, de modo que en Ticiano, en el Greco —del cual hay tres— en Boticelli, veía yo como un antiguo conocido.

Entre los cientos de copistas que acuden al Museo había una viejecita esa tarde, copiando un Boticelli, que le estaba quedando aun más hermoso que el original.

La Victoria de Samotracia que en actitud heroica parece hender los aires, de la que Darío dijera:

Esta egregia figura no tiene ojos y mira no tiene boca y lanza el más supremo (grito;

no tiene brazos y hace vibrar la lira y dos alas pentélicas abarca lo infinito.

Tuvimos que orientarnos en los planos del Museo para encontrarla, en su pedestal de mármol que simula la proa de una nave griega que corta el viento. Le Venus de Milo, ¡solitaria! al final de la interminable galería.

Yo recorro incansable aquellas galerías de cientos de metros sorbiendo esas obras que aprendí a amar desde mi primera juventud. Hice mi vida al lado de un poeta que despertó en mí un sexto sentido para el arte que tanto me ha subyugado. Ahora lo veo todo con mi

ASOMANTE

Revista Trimestral Literaria

La edita la

ASOCIACIÓN DE GRADUADAS
DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

DIRECTORA:

Nilita Vientós Oastón

DIRECCIÓN:

Apartado 1142

San Juan, P. R.

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos.....	\$ 4.00
Otros países.....	3.50
Ejemplar suelto.....	1.25